

propios no sé si de Juno ó de Venus, la Madre de los dioses. ¡Santo Dios, y qué de maravillas van á salir de estas bien aliñadas personitas! En la casa no se habla de otro asunto en todo el bendito día, y aún en las altas horas de la noche. En el paseo, en la visita, en la Opera vuélvese todo conversacion acerca de los trajes, acerca de las niñas y acerca de lo bien que á las niñas les quedan los trajes. Y no paran aquí las lenguas de padres, hermanos, amigos y conocidos; sino que lanzándose, en alas de la imaginacion, al mundo desconocido y misterioso de los futuros contingentes, arriésganse á predecir los triunfos que han de alcanzar las dos hermanas, los aplausos que han de oír, los parabienes que han de recibir, y hásta las conquistas que desdeñarán.

Dígase despues de esto, si no es el caso para desgreñarse los cabellos y desorejarse.

Porque es de advertir, si no se ha advertido, que á *Ti-Ti* no le toca la más mínima parte de todos estos bienes presentes y en perspectiva. ¡Qué le habia de tocar! Lo que á ella le toca solamente, por su negrísima suerte, ó sea, por juro de heredad, es verlo todo, oírlo todo, é imaginarlo todo. Fuera de ahí, apaga y vámonos: no hay alborozo y regocijo sino para las dichosas hermanitas.

¡Pobre *Ti-Ti*! ¿Y quién sino tú se tiene la culpa de haber venido tan tarde á este pícaro mundo de las injusticias y sociales preocupaciones? Tú bien dices que cuentas ya *trece* años de edad; mas empéñanse los Papás en asegurar que estás todavía en los *doce*. Pero dando de barato que has ya cumplido los *trece*, ¿qué adelantas tú con eso, niña mía de mi alma, si aún por largos años te has de ver condenada al vestido corto, y excluida, por ende, del grato esparcimiento en que sólo hay lugar para hombres cabales y mujeres *idem*?

En fin, ya pasó aquel récio temporal de los bailes de trueno gordo. La calma vuelve á los corazones; y en el de *Ti-Ti* trasparéntanse á maravilla el candor y la frescura. Va ella adonde van sus

hermanas: á la iglesia, al paseo, á la visita, á la tertulia. Y ¡cosa extraña! si á veces se improvisa una polka, en el campo ó en la ciudad, á la sombra de copudo fresno ó bajo el techo de dorados artesones; en esos familiares bureos de confianza ya puede tomar parte activa y pasiva, á despecho del corto traje y cortos años, la impúbera señorita. Las tiránicas leyes de Terpsicore no rigen, por lo visto, en estos casos excepcionales; ó si rigen, abandonan su rigor para las ocasiones más solemnes y sonadas. Bien es verdad que las tales solturas en lo privado, pueden considerarse á guisa de ensayos para el día en que formal y autoritativamente se levante la veda. Pues sin prévio ensayo ¿quién esperará salir airoso de ningún lance, cuanto ménos de los apuradísimos de danza fascinadora?

Pero donde yo recreo especialmente los ojos con la vista del tierno boton y las exuberantes rosas, abiertas éstas y cerrado aquél á todas las auras del esparcimiento, es en esos arrabales de la ciudad, en que están las niñas de temporada y gustan de pasear al fresco las espaciosas y francas avenidas. Las tres del brazo, solas ó de alguna amiga acompañadas, ¡qué asunto para un pincel de tonos primaverales! Mas... oiga: ¿por qué mueven convulsivamente el rostro, arrugan el entrecejo y se les encienden las colores, al pasar por enfrente de aquella ventana, nido tambien de parlerasavecillas?—*¡Jesus, qué dolor de muelas!*—oigo observar, así como al descuido, á una de las asomadas, no ménos imperturbables y estáticas que figuritas de carton. Mis tres amigas nada han oído, ó aparentan no haber oído nada. Ni se paran, ni vuelven la vista atrás: pasan de largo y sin variar de compás en sus movimientos. Sólo yo, que me pico de perspicaz y agudo, advierto alguna demutacion en sus semblantes. Cierta tinte de grana, que no de rosa; cierta lijera contraccion de nervios; cierto sutil morderse ¡cruales! los labios; cierto fugaz enturbiarse y encenderse las pupilas..... Pero ¿qué veo? Tornan para atrás las mal heridas palomas. ¿Irán á caer en las garras del gavilan?—*¡Cursis chocantes!*—mur-

muran, al repasar, las ofendidas. *¡Cursis chocantes!* trae á mis oídos una ráfaga de aire, reñida con la estética.

Quedéme yo..... de una pieza!

No tanto, si vale decir verdad, que á los pocos días, llevado del interés que la candorosa niña ya me inspiraba, no me personase en la casa á saber de su salud y de sus encantos. Y ¡cuál no sería mi asombro, al recibir de sus infantiles manos la misiva que por el correo interior acababa de recibir, y cuyos autor y trascendencia, por serle desconocidos, deseaba ella averiguar á todo trance! Yo, por más que hago y por más que veo lo indiscreto del caso, no

acierto á resistir á la tentación de transcribirla aquí textualmente y hacerla servir como de broche para estas notas de mi cartera.

Decia, pues, así el perfumado billete:

"Señorita: Se ha perdido una perrita que responde al nombre de *Ti-Ti*. Es de raza cruzada. No tiene cola ni orejas. Si vd. sabe de ella, puede mandar razon á la casa número 5 de la calle de Humboldt, donde se gratificará ampliamente por el hallazgo.—WELLBY."

Diciembre de 1886.

(Escrito para este Almanaque.)

LA COPA DE ACUAMIEL.

LEYENDA.

(Inédita.)

I.

Doncellas seductoras.
De rutilantes ojos,
Mas gratos que las horas
De un sueño bienhechor,
Que dais con el aliento
De vuestros labios rojos
Su prez al sentimiento,
Sus filtros al amor;
Venid en leve grupo,
En círculo hechicero,
Que lo que nadie supo
Os voy á referir:
Prestad á mi relato
Sencillo y verdadero
Un auditorio grato
Que anime mi decir,
Hay un valle profundo
Feliz mansion del eco,
De dó jamás fecundo
Se retiró el abril,
Que liberal derrama
En su recinto hueco
Sobre la verde grama
Las rosas mil á mil,

Favorecida estancia
De amantes ruiseñores,
Jardín cuya fragancia
Sediento aspira el sol.
En él á toda hora
Encuentran paz y amores

El ave trinadora
Y el mudo caracol.
Un rio de agua pura
Por medio lo divide,
Lanzando de la altura
Sus brazos de cristal,
Y auríferas arenas
Que la ambicion no mide
Arrastra de sus venas
Con el fugaz caudal.
En este valle había
Castillo solitario
De fábrica sombría
Y audaz elevacion,
Cuyo interior secreto
El ojo temerario
Jamás hacer objeto
Logró de su atencion.
Sus torres altaneras,
Del suelo fugitivas,
Allá de las esferas
Rasgaban el azul;
Cubrian los celajes
Sus últimas ojivas,
Formando cortinajes
De nebuloso tul.
Por la morena piedra
En giro corvo y vago
La trepadora yedra
Se enlaza á su placer,
Y el triste jaramago,
La flor de la ruina

Sobre ella se reclina
Las auras á beber.
Jamás se vió entreabierta
Desde hace muchos años
La gigantesca puerta
Que sobre el valle da,
Ni turban vibraciones
De rumores extraños
Los góticos salones
Llenos de polvo ya.

Allí, completamente
Del mundo separado,
En vida penitente
Sin sombra de placer,
Por mil aterradoras
Visiones acosada,
El peso de sus horas
Arrastra una mujer.

Allí de su memoria
Con dichas se apacienta,
Y vive con su historia
Cual otra con su amor:
Allí del tiempo mide
La marcha igual y lenta;
Allí á la muerte pide
Consuelo á su dolor,
Esclavas tan sombrías
Y mudas como ella
La sirven y los días
Pasando van así.

Allí nunca ha estampado
El júbilo su huella,
Y nunca ha resonado
Rumor de fiesta allí.

¿Quién á escuchar se inclina
Lo que os anuncio ahora,
Historia peregrina
Y singular á fé?
Dedicame una hora
Que robes á tus siestas,
Y si atención me prestas,
Lector, te lo diré.

II

Muy pocos años tenia
Isabel la castellana,
Y todo el que la veía
Ponderaciones decia
De su belleza temprana.
Guerreros y trovadores,
De la doncella prendados,
Con obsequios y loores
Publicaron sus amores
Mas sentidos que premiados.

Pero á ninguno valieron
Sus amorosos afanes,
Ni fruto alguno cogieron
Del culto que la rindieron
Trovadores y galanes.
Que apenas al sol brillar
Tres lustros la pobre vió,
Cuando en honra por ganar
Con Don Guillen de Aguilar
Su padre la desposó.

Aunque ilustre por su nombre,
Y poderoso y valiente,
Era don Guillen un hombre
Con muy odioso renombre
Conocido entre la gente.

Eran de propios y extraños
Mal vistas sus asperesas,
Y él más apto por sus años

Para sembrar desengaños
Que para adorar bellezas.
Enlace tan desigual
A todos pareció mal;
Pero parecieron bien
A la familia, el caudal
Y el nombre de don Guillen,
Y vió la dama hechicera
De su juventud el brillo
Marchitado; (suerte fiera!)
Porque Aguilar señor era
De dos villas y un castillo,

Y las tierras que tenia
Jamás en una jornada
Lijero corcel corría,
Y á las lides conducía
Veinte lanzas de mesnada

Casóse, pues, Isabel,
Y apenas dejó el altar,
Empezó á gustar la hiel
Que le prodigó criel
El desabrido Aguilar.

Llanto cayó de sus ojos
Mas que lluvia de los cielos,
Siempre juguete de antojos
Siempre víctima de enojos
Y siempre mártir de celos,
Jamás de la fortaleza

Salir se la permitía,
Y abismada en su tristeza,
Para ella, naturaleza
Ni luz ni flores tenia

De espionaje rodeada,
Jamás lícito la era
Su macilenta mirada
Espaciar desde la entrada
De alguna estrecha aspillera.
Y con razon detestando
Su solitaria mansion,
Pasaba Isabel llorando
Los días, y atesorando
Encono en su corazón.

Oh! palidezca la estrella
Del que quiso desposar
Con lazos que el odio sella
A la castellana bella
Con don Guillen de Aguilar!
¡Mande Dios, mala ventura
A quien el fragante nardo
De misteriosa dulzura
Unió con torpe locura
Al rudo punzante cardo!
¡Falten salud y reposo
A quien por negra carcoma
De un pensamiento ambicioso
Entregó al cuervo asqueroso,
La simpática paloma!

¡Y aborrecido se vea
Quien la diabólica idea
Alimentó de enlazar
A Isabel, de amor presea,
Con don Guillen de Aguilar.

III.

“Torres sombrías de negras almenas
En que se pierde la voz del cantor,
Yo, peregrino por senda de penas,
Busco en vosotros la luz de mi amor,
Que vuestros ecos alteren la calma
De este silencio fatal para mí,
Hoy que en suspiros deshecha mi alma,
Vengo á pedir el bien que perdí.

“Una paloma dulcísima y pura
Con sus cantares de amor me arrulló
Hinchó mi pecho de casta ventura,
Y de mi seno forzada voló.
Aspera cárcel ó plácido nido
Halló en vosotros; más sé que está aquí:
Desde muy lejos por eso he venido
A reclamaros el bien que perdí.

“Sé que por dueño tirano oprimida
En angustiosa fatal soledad,
Vive oprimida la flor de mi vida,
Victima débil de extraña crueldad:
Oh! ¡ruin sea quien ciego destroce
Flor destinada por Dios para mí!
¡Ciegue el ingrato que así desconoce
El alto precio del bien que perdí.

“Y tu, que acaso llorando me escuchas,
Tú que has labrado mi encanto y mi mal,
Si con tu suerte sin término luchas
Y romper quieres tu lazo fatal,
Dí una palabra: será mi destino
Mas halagüeño la muerte por tí;
Nada imposible veré en mi camino
Para el recobro del bien que perdí”

Así, con acento blando,
Cantar de amorosa queja
Entonaba,

Bajo la cruzada reja
Donde Isabel suspirando
Lo escuchaba

Un guerrero trovador.
La armadura
Por entre la sombra oscura
Relucía

De la luna al resplandor;
Su laúd el viento hería
Con agradable rumor,
Y con el oído atento
Al concertado lamento,
La castellana sentía
Que por sus venas corría
No sé que filtro de amor.

Y era que una antigua historia
De lisonjera memoria
Se levantaba en su mente
Aquel canto al escuchar,
La voz que vino doliente
En alas del manso ambiente
Su inquieto sueño á turbar,
Era una voz conocida,
Una voz que de su vida
En mejor tiempo escuchó,

Y por eso
Con inefable embeleso
Al son de aquella balada
Su felicidad pasada
Recordó.

Recordó, que cuando era
Muy jóven, con placentera
Sonrisa la requería
De amores cierto doncel.
De quien el vulgo decia
Que sería

Digno amante de Isabel.
Pruebas de su amor dió él
Con irresistible afán;
Y la fama

Diz que ella no fué cruel.
Y correspondió á la llama
Del obsequioso Beltran.
Su amor el mundo aplaudió,
Que nunca rennidó vió

Tan encantadora dama
Y tan bizarro galán.

Pero ¿qué vale el amor
Contra el afán de medrar,
Ni Beltran el trovador
Contra un Guillen de Aguilar?
Casóse la castellana
Por la fortuna tirana

Que le cupo;
Despareció su amador
Y nadie la suerte supo
Del malhadado cantor,
Quién lo creyó fugitivo
De su perdido tesoro,
Quién lo supuso cautivo
En las mazmorras del moro;
Mas Beltran es quien ahora,
De su adorada señora
Bajo el estrecho balcon,
Fija la vista en la reja
En son de amorosa queja
Canta sentida canción.

Y la dama se extasiaba
Con el amable sonido,
Y suspenso lo escuchaba
El corazón del oído.
Y más lijera sentía
De sus pesares la cruz,
Y recelaba y temía
Y á la luna maldecía
Que tal vez descubriría
Al trovador con su luz

Más, ay! qué pasa?..... Una flecha
Va derecha

Al corazón del cantor;
Del laúd muere el sonido
Por la atmósfera perdido
En expirante rumor,
Y Beltran sin vida cae.
Como desprendida hoja
Que el viento en círculos trae
Y contra el suelo la arroja.
Murió..... celos lo mataron,
Las miradas lo asecharon
Siempre en vela
De don Guillen de Aguilar,
Y no faltó un centinela
Que lo supiera flechar,
¡Cautiva desventurada!
Ya está rota

La trama de tus amores
Delicada,
Y en tí agota
La desgracia sus rigores!
Sigue, pues por tu camino
Que orilla punzante espina,
Desconsolada mujer:
En el mundo tu destino
Es vengarte ó padecer.

IV.

—Cuenta esa historia, Zaida,
—Esa señora a...

Cobaya de Jerez la maravilla,
La más garrida y envidiada mora
Que pisó los jardines de Sevilla.
Fuentes de claridad eran sus ojos,
Campo su rostro por abril bordado;
Sus labios igualaban en lo rojos
A las ardientes flores del granado.
Grato perfume sus palabras eran
Y su sonrisa manantial de bienes.

En poder los califas depusieron
Por tenerla un momento en sus harenas.

Más dada estaba desde muy temprano
La linda mora; su beldad divina
Ajaban las caricias de un anciano,
Alcaide del alcázar de Medina.

De los dulces encantos de Cobaya
El fiero Alí Tecfin tomó la llave,
A quien la culpa de imputarse haya
De enlace tan fatal, Alá lo sabe.

Pero es lo cierto que la pobre mora
En soledad y desamor vivía,
Bañada en nuevo llanto á cada hora
Y aborreciendo el sol de cada día.

Una noche del aura de verano
Salió á gozar en su ajimez estrecho,
Y la voz de un cautivo castellano
Con palabras de amor tocó su pecho.

Amáronse la mora y el cautivo,
Que á par hermosos y cautivos eran,
Y estaba escrito ya que en fuego vivo
Los corazones á la par ardieran.

Concertaron los dos que al castellano
Rescate de hijodalgo le vendría,
Y ella libre con él de su tirano,
A Cristo y á su amante adoraría.

Llegó el rescate, y el cautivo libre
Quedó por fin; más ¡ay que la fortuna,
Como adversa una vez su rayo vibre
No dá paz ni en la huesa ni en la cuna!

No hay buen acierto con fatal estrella,
Y era fatal la estrella de Cobaya:
Tal vez el ángel que abogó por ella
Tenido en cuenta sus influjos haya.

Sagaz Alí Tecfin con torvos giros
Espionando estaba á la feliz pareja:
Oía de Cobaya los suspiros
Y del cristiano la doliente queja;

Y aunque acosaban con furioso embate
Su corazón los celos, esperaba
Por no perder el oro del rescate
Ni los forzados besos de su esclava.

Partió libre el cautivo. A la siguiente
Noche volver con precaución debía,
Y á Cobaya de amores impaciente
Arrebatarse de su mansión sombría.

Y á la noche siguiente, de una almena
En la medrosa sombra guarecido,
Cubierta de sudor la tez morena,
Sin descansar la vista ni el oído,

Acechaba Tecfin. Llegó el cristiano
Al pie del ajimez de la que adora;
Lanzó una escala, y con activa mano
Al alfeizar la sujetó la mora.

Ya de Cobaya en la flexible seda
La temerosa planta se posaba,
Cuando sin vida por el polvo rueda
El que abajo en sus brazos la esperaba.

La flecha de Tecfin le dió la muerte,
Y Cobaya, cediendo á su destino,
Juró con odio interminable y fuerte
Venganza contra el bárbaro asesino.

—¿Y se vengó?
—Sí, pronto estrecha fosa
Al viejo alcaide recibió en su seno,
Que le sirvió la mano de su esposa

En una copa de aguamiel veneno,
—¿Y se supo su crimen?

—Lo anunciaron
Los labios de ella misma. Por su suerte
Algunos con afán se interesaron;
Pero el cadáver condenó á la muerte.

—¿Con qué tanto la amaba?

—Todavía
Hay quien suspire con dolor por ella.

—A mucho se atrevió
—Mucho sufría.

—Oh! fué muy criminal,
—Pero muy bella.

—Zaida, exageras. Te interesas mucho
Por Cobaya, Aseguro que la gente
No piensa como tú

—Jamás escucho
Ajeno parecer. Alá es clemente.

—Zaida, tienes razón, que nadie sabe
Lo que hay dentro del cáliz de las horas:
Si igual desgracia por azar me cabe,
Llora por mí como por ella lloras.

—Señora, ¿qué decís?
—Nada. La ayuda

De tus palabras templa la fatiga
De mis pesares. Cuando esté viuda,
Libre a tu tierra irás.

—Alá os bendiga.

Así la pensativa castellana
Con su sierva andaluza distraía
Su tristeza tenaz, en la mañana
De un borrascoso descompuesto día.

La nube por los vientos impulsada,
Corriendo cual corcel que se desboca;
La pajiza centella desatada
Sobre la punta de morena roca;

El trueno que rodando en el vacío,
Hinche el espacio de medrosos sonos;
Del vendabal el ímpetu bravío
Al azotar los viejos murallones;

El árbol que con mudo desconsuelo,
Expresando en murmullos sus congojas,
Alza sus brazos áridos al cielo,
Cual reclamando las perdidas hojas;

Todo á los ojos de Isabel pasaba,
Isabel todo con afán veía;
Que allá en su corazón con furia brava
Otra secreta tempestad rugía.

¿No es verdad que si vemos entoldarse
De pronto el cielo y estallar el trueno,
Sentimos igualmente levantarse
Voces de destrucción en nuestro seno?

Y en la muerte bastarda muchedumbre
De malos pensamientos se atropella,
Y adquieren nuestros ojos la vislumbre
Encendida y fugaz de la centella?

Y un profundo rencor, vago, tirano,
Crece de nuestras iras al abrigo,
Y no tener sentimientos en la mano
Un puñal y delante un enemigo?

Tal en el alma de Isabel pasaba:
Faltos sus sentimientos de gobierno,
Su penetrante vista fulguraba
Con resplandores que abortó el infierno.

Vapores de furor de cuando en cuando
Pasaban encendiendo sus mejillas,
Y sin campos chocábase temblando
Con un temblor nervioso sus rodillas.

¿Qué medita Isabel? Aciaga y muda,
Su ceño espanta, su mirada impone:
Si piensa en algún bien, Dios la dé ayuda;
Si va á ser criminal, Dios la perdona.

V.
La tarde ya declina;
El sol se va á poner;
Las sombras de los montes
Mas crecen cada vez;

Aigana estrella aislada
Centellear se vé,
Y de la caza vuelve
Rendido don Guillen.

Funesta la jornada
Para el hidalgo fué:
En vano ha prodigado
La espuela á su corcel;

En vano de la selva
La vasta redondez
Cercó de sus monteros
Con la hirviente sed;

Tan sólo en todo el día
Logró reconocer
Los rastros de un venado
Que se escapó por pies.

No en valde trae tanto
Sudor sobre la tez
Y en el colete polvo,
Y en las palabras hiel.

Entró por la poterna
(Que nunca tuvo á bien
Bajara su rastrillo
Por nadie ni por él),

En manos de un montero
Dejó su palafren,
Y de una vasta pieza
Pasó bajo el dintel.

Allí la luz penetra
Medrosa y de través
Por las ojivas altas
Cortadas á visel,

Y el artesón oscuro
De tétrico ciprés
Aumenta de la estancia
La densa lobreguez.

En el hogar un pino
Entero empieza á arder.
Y su oscilante llama
Con trémulo vaiven

Fantásticos perfiles
Dibuja en la pared,
Cubierta de alto á bajo
De cuero cordobés.

Allí espera á su esposo
Solicita Isabel,
Y antes de hablar palabra,
Con ademán cortés,

De un ánfora que Zaida
Se apresuró á traer
Llenó y ofreció al punto
Risueña á don Guillen

Su copa favorita
Henchida de aguamiel.
Tomola él, y pronto,
Que grande era su sed,

Volvió hácia la techumbre
De la ancha copa el pié.
Quien observara entónces
El rostro de Isabel,

Cubierta lo vería
De extraña palidez:
Varias veces su mano
Intentó detener

La copa que apuraba
Sediento don Guillen,
Y retiróse trémula,
El rostro sin volver,

Al agotar su esposo
La copa de aguamiel.

Aquella misma noche

Falleció don Guillen
De un mal desconocido,
Repentino y crüel,
Y no faltó quien dijo
Que pudo contener
Alguna mala yerba
La copa de aguamiel.

VI

¿Porqué siempre permanece
Tan invisible y tan muda
La misteriosa viuda

De don Guillen de Aguilar?
¿Por qué su quebranto crece
De su bienestar en mengua,
Y aunque lo niegue su lengua

ahora en su pecho el pesar?
¿Por qué son fuentes tus ojos
Y sus ensueños martirios?
¿Por qué se han trocado en lirios

Los claveles de su tez?
¿De qué importunos enojos
Guarda en su frente la huella?
¿No es un edem para ella

El valle de la viudez?
Hoy libre y ayer cautiva,
¿Qué impenetrable misterio
Retiene en su cautiverio

A esa violeta de amor?
¿Por qué por vivir se priva
Solitaria con sus quejas,
De lo que ayer tras sus rejas

Contemplaba con dolor?
Ruiseñor aprisionado
Que su cárcel mira rota,
¿Por qué los aires no azota

En giros mil de placer?
Embellece tu tocado,
Seca el llanto de tus ojos,
Y al amor rinde despojos,

Hermosísima mujer.
Que una corte de amadores
Bese el suelo donde pisas,
Que subyuguen tus sonrisas

Y que encante tu mirar.
Ese prado con sus flores
Y ese mundo con sus glorias
Valen más que las memorias

De don Guillen de Aguilar.
Abandona tu castillo
Donde el tedio te rodea:
Del pesar la roja tea

Es la luz que alumbraba en él.
De tus triunfos con el brillo
Goza ufana como abeja,
Que las flores nunca deja

Mientras haya en ellas miel.
Mas, ¡ah! callemos... En vano
El porqué de la amargura
Descubrir audaz procura

El ingenio más sutil.
¡Pobre corazón humano
Siempre aspirando sediento
Los secretos ciento á ciento,

Los dolores mil á mil!

Muerto Aguilar y su frío
Cadáver dado á la huesa,
Bajó al comedor sombrío
Inquieta y triste Isabel,
Y retrocedió espantada:
En el centro de la mesa

Al encontrar colocada
Una copa de aguamiel,
La misma copa era aquella
En que rendido y sediento
Bebió por cobrar aliento
Su propia muerte Aguilar,
Cubrió de la dama bella
Frio sudor el semblante
Y mandó de allí delante
La infausta copa quitar.
Largo tiempo su mirada
Sin alzar del suelo estuvo,
Mas cuando temblando hubo
De levantarla Isabel,
Con terrífica sorpresa
Vió, cual antes colocada
En el centro de la mesa
Una copa de aguamiel.
Y dos y hasta cuatro veces
De allí mandó retirarla,
Y siempre tornó á mirarla,
Sin poderla echar de sí.

Y de su crimen las heces
Del alma al labio vinieron,
Y sus labios maldijeron,
Y siempre la copa allí.
Con la impres'on destructora
Del repetido martirio,
Desesperado delirio
De Isabel se apoderó,
Y cediendo á la roedora
Tenacidad del tormento,
Por el duro pavimento
Cual maza inerte rodó
Y nunca desde aquel día,
Como memoria sombría
De su criminal empresa,
Dejó de ver Isabel,
Ya camine á la ventura,
Ya se encierre en su clausura,
En el centro de su mesa
Una copa de aguamiel.

FEDERICO BELLO.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

I.

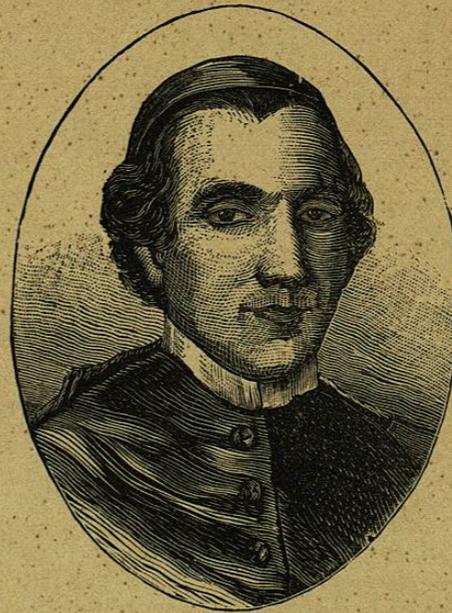
Una nacion adquiere el título de ilustrada por los hechos de sus hijos que con sus obras han contribuido al progreso de la humanidad. — México, á pesar de sus infortunios, puede presentar ante el mundo civilizado, un catálogo nada reducido, de personajes ilustres, que poseyendo como bienes principales sus libros y entre sus más apreciables dones su inteligencia han producido obras de gran mérito, en distintos ramos de los conocimientos humanos.

Una de nuestras glorias más puras es sin contradiccion la del gran historiador el abate Francisco Javier Clavijero; pero ántes de tratar acerca de tan ilustre escritor, conviene echar una rápida ojeada hácia los primeros años de la conquista.

La destruccion de los documentos indígenas, consiguiente al espíritu religioso de los conquistadores, diametralmente opuesto al de los indígenas, en su moral, prácticas y ceremonias, hubiera sido de fatales consecuencias para la historia, sin la intervencion de los primeros apóstoles del cristianismo en

el Nuevo Mundo, quienes con una firmeza extraordinaria, con erudicion é inteligencia suma, no solamente rehicieron esos documentos, por medio de los más útiles y constantes trabajos, sino que reuniendo las tradiciones y acopiando datos y relaciones auténticas dieron forma á la historia del pueblo vencido, al mismo tiempo que atendian á la instruccion y al bienestar de los indígenas; de suerte que si éstos, por el extremado amor y caridad de los misioneros, tuvieron en ellos sus más insignes protectores, la nacion que brotó de las ruinas de la monarquía azteca, les debe su historia.

Sahagun, Mendieta, Motolinia, Las Casas, Duran, Betancourt, Beaumont, Torquemada y otros muchos religiosos, llevaron su celo hasta el punto de aprender los idiomas indígenas, impulsados por dos sentimientos á cual más digno y meritorio: una para facilitar más la conversion de los indígenas á la civilizadora religion del cristianismo; otra para inquirir la verdad histórica oyendo la voz más autorizada de los indios contemporáneos, obteniendo de ellos la narracion de sus tradiciones y la explicacion de los geroglíficos, de su sistema



D. Francisco Javier Clavijero.

[Historiador Mexicano.]

Nació en Veracruz el 9 de Setiembre de 1731.—Murió en Bolonia en 1787.